

LAS DOS LIBERTADES

Por André Prunier

Si deseais obtener las aclamaciones del público (de cualquier público); si deseais aparecer como un modelo incorruptible de firmeza revolucionaria, de sentido realista y de cuidado cívico; si, en una palabra, deseais mostraros como uno de esos hombres cuya frente se halla próxima a las más altas cumbres del ideal y que sin embargo apoyan fuertemente sus pies en la tierra —no necesitáis para ello consumir demasiada imaginación. Pronunciad simplemente con convicción y energía esta frase: **“¡Ninguna libertad para los enemigos de la Libertad!”**

Esta frase la suscribirán los más implacables “autoritarios” igual que los “libertarios” más feroces; en estas ocho palabras, liberales y conservadores encontrarán su brillante justificación y la condena sin apelación de sus adversarios, nazis y judíos, comunistas y anticomunistas, católicos y franc-masones, ex-resistentes y ex-colaboradores, gentes del campo americano y gentes del campo ruso, todos suscribirán con vosotros, cada uno amenazando con su puño a su antagonista directo: **“¡No, nada de libertad para los enemigos de la libertad!”**

¿Cuál es la razón de este éxito universal? ¿De dónde procede el clamor de aprobación que se levanta a la vez de derecha y de izquierda, del centro y de enfrente, cuando resuenan las mágicas palabras que evocan para unos la reacción, para otros la revolución, para éstos la defensa de los Grandes Principios, para aquellos la supresión, para todos la acción política sin trabas y el poder ilimitado de su propia iglesia, secta, estado o partido?

Y para nosotros, anarquistas, ¿no es un arma adecuada para proporcionarnos triunfos de tribuna y de prensa, de huelga y motín, de terrorismo y liquidación social —todos conducentes hacia esa libertad futura, integral, universal, igual para todos, en la que soñamos y procuramos instaurar sobre la derrota de todos los demás movimientos y grupos sociales?

Desearía aquí contestar que no; probar que esta fórmula **“Ninguna libertad para los enemigos de la Libertad”** aunque sea aclamada por multitudes fanáticas y aplicada por gentes situadas (gracias a sus esbirros, inquisidores, hombres fuertes, no puede ser ad-

mitida por los **anarquistas**, que no se proponen (si guardan fidelidad a su propio nombre) ni el ejercicio de la ley de Lynch, ni el de la razón de Estado, y que, por encima de todo, repudian su **propia ascensión al poder**.

Si nosotros tuésemos (como los trotskystas proclaman ser y los stalinistas son) partidarios de la **Revolución permanente**, es decir, de una estrategia de pseudo-compromiso, débiles siempre para la ofensiva y denodados por la ofensiva, entonces, prosiguiendo constantemente la guerra civil tras el parapeto de cada tregua, aplastando una después de otra todas las fuerzas sociales y acaipitando por turno todas las fracciones para conseguir la **unidad**, en ese caso no existiría mejor consigna, más cómodo pretexto para nosotros que: **“Ninguna libertad para los enemigos de la Libertad”**. En efecto, esas palabras lo justifican todo: el exterminio o el encarcelamiento de los **adversarios** declarados o presuntos; la eliminación de los **aliados** que necesariamente se convierten en “traidores” de hecho o en potencia, a medida que el círculo de los rivales se estrecha en torno al poder supremo; el hacer marchar al paso a los **neutros** y su absorción por el vencedor; la depuración radical del partido-jefe, la liquidación, en su seno, de los saboteadores, de los herejes, de los extremistas, de los moderados, de los corrompidos, disidentes y no-conformistas de toda especie, (es decir de todo centro o principio que haga sombra a la **libertad del único motor legítimo de la emancipación general**); y, en fin, coronándolo todo, la educación de las masas a una esclavitud política, económica, cultural, fisiológica, lo suficiente integral para proporcionar la **satisfacción en la esclavitud**, por la cual la Libertad ha triunfado al fin sin obstáculo, victoriosa sobre todos sus enemigos, puesto que absorbe la no-libertad y surge dialécticamente de la más completa tiranía servida por la obediencia más ciega.

La teoría de la Revolución permanente, como medio de realizar la Libertad pasando por la dictadura (o, simplemente, por la **democracia social** unitaria y centralizada) es el bien común de los marxistas, de los jacobinos y de los **anarquistas de intención**, extraviados por la senda de esos eméritos dialécticos.

Bakunin, Kropotkin y sus discípulos no han podido abstraerse de esta interpretación que han desarrollado más tarde los revisionistas y plataformistas de todo calibre. El primero a causa de su hegelismo impenitente, el otro debido a su cientificismo (y ambos en razón de un cierto populismo sentimental que les hace deificar la violencia que procede de abajo), estos pensadores, en cierta medida, han abierto el camino al anarco-bolchevismo tal cual lo hemos conocido después de 1917 en Francia, en España, en Italia, en los países eslavos y hasta en extremo-oriente.

El sector individualista, el propio Stirner, con su identificación del derecho a la fuerza, y de la libertad del prójimo ante un obstáculo, evidentemente nada ha aportado que permitiese rectificar